

EPISODIOS NACIONALES PARA NIÑOS

Por ALFONSO ARMAS AYALA

I

Por segunda vez tengo la inmensa honra de hablar en esta Casa; y, al hacerlo, me siento con temor y con orgullo.

El temor nace de que la honra es superior a mis honores; el orgullo, porque esta Academia, ya centenaria, ha tenido la gentileza de invitarme para ocupar esta tribuna con ocasión de cumplirse la conmemoración de su aniversario con el homenaje al ilustre patricio venezolano, José Gil Fortoul, de tanto rango y de tanta trascendencia en la historia de este país y en la de esta Institución.

Yo quiero evocar hoy, en este noble salón cargado de historia, el nombre de Gil Fortoul como el de un venezolano que desde la alta magistratura de su ministerio dictó leyes y reguló normas encaminadas a la difusión de la enseñanza y a la lucha contra la lepra y el cólera de esta nuestra América llamados impropriamente analfabetismo.

Y después de Gil Fortoul, Galdós.

En estos días, el Cabildo Insular de Gran Canaria y el Ayuntamiento de Caracas han recomenzado las obras de la nueva plaza Pérez Galdós que albergará el monumento galdosiano.

Yo desearía que este nuevo ornato de la urbe caraqueña sirviera para estrechar más las relaciones de Canarias con Venezuela. Y para recordar que el mensaje galdosiano no es sólo el de un clásico de nuestra lengua española, sino, además, el de un isleño que vivió intensa, apasionadamente, desde la orilla canaria, las angustias, las zozobras y el desmoronamiento de nuestras ruinas imperiales. Sin que fuésemos capaces de cimentar sobre la argamasa común de la lengua española el futuro de nuestras relaciones.

Ojalá, desde este Palacio de las Academias pueda venir el alisio isleño y galdosiano para despertar y para fortalecer cuánto de común tenemos los isleños y los venezolanos.

II

En 1977, Alberto Navarro resumía, en su ponencia presentada al *Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, una muy ordenada ficha bibliográfica de “*Los Episodios Nacionales*” *extractados por Galdós*.¹

Según refiere el prof. Navarro, la obra llevaba por título *Guerra de Independencia; extractada para uso de los niños*. Debió publicarse, posiblemente, entre 1908 y 1909. Al parecer, hubo otra edición (quizás entre 1916 y 1917), según se deduce por las obras de Galdós que aparecen anunciadas al final de cada uno de los ejemplares: *España trágica* (publicado en marzo de 1909) se anuncia “en preparación”. En la edición, posiblemente fechada entre 1916 y 1917, se anuncia “el Tacaño Salomón” (2-12-1916).

Por lo que se ve, son dos las ediciones de los *Episodios para niños* que se hicieron en vida de Galdós: una alrededor de 1909 y otra, en 1916-1917. En 1948 la hija de Galdós, María, editó nuevamente los *Episodios Nacionales... narrados a los niños por su hija, Doña María Pérez Galdós*; al año siguiente (1949), la misma editorial repite la edición.² En 1959, se volvió a editar la misma obra en la que “la adaptadora ha separado ese núcleo esencial para convertirlo en capítulo de este libro; al extremo que consta de tantos capítulos como volúmenes tienen los *Episodios Nacionales* y aún se han conservado los títulos para guía del lector”.³

¿Qué resumió, qué desechó, qué escogió el novelista de sus 48 novelas para reducirlas, en principio, a sólo siete episodios (*Trafalgar, Madrid, 2 de Mayo, Bailén, Zaragoza, Gerona, Cádiz y Arapiles*)? Al menos, éstos fueron los únicos libros manuscritos por Galdós y que hoy se conservan en la Casa Museo de Las Palmas como un texto autógrafo más de nuestro novelista. Después, pasados los años (1948 y 1949), se adaptarían por otras manos los 46 tomos que forman las cuatro series.

Los prologuistas de la edición de 1974 y 1975 —la última que se ha realizado— destacan, entre otras posibles razones para esa primera edición (1908): el “didactismo”, el tono folletinesco, la conexión histórica entre los personajes reales y los ficticios, la “inflación patriótica” de la primera serie y el carácter confesional del protagonista Araceli. Hay, además, otras posibles causas: la plasticidad de los relatos, la humanización de los personajes, la búsqueda y la captación del lector. Junto con la vocación pictórica —satírica— de Galdós, patente en sus *Albumes* ricos en caricaturas.⁴

Vale la pena analizar con más detalle estas posibles justificaciones de los *Episodios* resumidos.

1. ALBERTO NAVARRO: *Los Episodios Nacionales extractados por Galdós*; Actas del Primer Congreso Internacional de estudios Galdosianos; Las Palmas 1977; p. 164 y sigs.
2. Ver: ALBERTO NAVARRO: *Los Episodios...*; p. 175; notas 5 y 6.
3. Ver: *Episodios... narrados a los niños*, edic. 1948.
4. BENITO PÉREZ GALDÓS: *Episodios Nacionales para niños...*, 1ª edición, 1974, 2ª edición, 1975. Las Palmas de Gran Canaria. (Introducción de Alfonso Armas y Sebastián de la Nuez).

La plasticidad es una constante en la narrativa galdosiana. Los “monigotes” de Benito niño darían origen al *Album del Teatro* en el que Galdós ofrece una panorámica costumbrista de la ciudad de Las Palmas, entre 1855-1860, aproximadamente; cuando la ciudad (15.000 habitantes; encerrada aún entre “La Portada” y “La portadilla de San José”; dos barrios, Vegueta y Triana, y las casas “de los Riscos”; un juvenil Gabinete Literario y una casi centenaria Sociedad Económica) empezaba a vibrar por la construcción del nuevo teatro, junto a la boca del barranco Guinguada.⁵ “Desde los años infantiles, en que dibujos y juguetes acompañan sus horas domésticas, hasta los primeros balbuceos pictóricos mostrados en la exposición de 1862, Galdós tuvo siempre una innata predisposición hacia la plástica... no se ha estudiado aún lo mucho que influyó en la concepción de los *Episodios* esta inclinación pictórica galdosiana; sobre todo, este gusto innato hacia el “episodismo” de sucesos locales o nacionales. Ahí está el germen de páginas escritas años después con admirable maestría y con precisión pictórica”.⁶ Por eso, la edición de los *Episodios ilustrados* (1884), enriquecida con las firmas de dibujantes ilustres de la época (Mélida, Casas, etc.). Por eso, la preocupación del autor por el enriquecimiento gráfico (algún dibujo o algún boceto, de mano del propio Galdós); en su afán de conseguir una edición de lujo y una suscripción que nunca alcanzó los propósitos del novelista.

El didactismo es sin duda el acicate que más movió a Galdós para escribir estos *Episodios para niños*. Gabriel “parece no sólo hablar por boca de Don Benito, sino que lo hace, muy en especial para que lo escuchen los otros jóvenes que pudiesen leer sus palabras. Y haber expresado de un modo tan brillante... el ideal patriótico, caía dentro del propósito galdosiano de expresar la historia colectiva sobre la individual...”⁷

Y este sentimiento de lo colectivo se encontraba preferentemente en la primera serie de *Los Episodios*. Reducir los relatos, aplicar un lenguaje de narración infantil, utilizar la narración indirecta: he aquí algo de la técnica empleada por Galdós en este su intento de encontrar nuevos lectores para sus *Episodios*.

No por otra razón es la machaconería de Galdós, “Hispanide praeceptor”, de pintar los defectos, las lacras, las causas de la enfermedad nacional: la falta de amor. De ahí, la reiteración persuasiva e infantil. Disfrazado de narrador, cuenta en alta voz, para que lo escuchen los niños, lo que ya había escrito para los adultos. De la novela al cuento, de la extensión al resumen, de la narración casi a la audición. Y, sobre todo, de la epicidad bélica a la compasión humanitaria; de la Patria, concebida como campo de batalla, a una nueva Patria rehecha con esfuerzo común y sin cainismos fraternos.

Educar, formar, remodelar a los españoles: los *Episodios*, lectura de educación política. Para enseñar tolerancia, generosidad, superación de discordias.

5. JOSÉ PÉREZ VIDAL: *Canarias en Galdós*; Las Palmas 1979; p. 227 y sigs.

JOSÉ PÉREZ VIDAL: *Años de aprendizaje en Madrid. 1862-1868*. Vice-Presidencia del Gobierno de Canarias. Santa Cruz de Tenerife (1987); p. 63 y sigs.

6. Vid: BENITO PÉREZ GALDÓS: *Episodios Nacionales...* Trafalgar, 1975, p. 12.

7. Vid. n.6; p. 13.

El tono folletinesco y la conexión histórica entre personajes reales y ficticios son otras circunstancias justificadoras del resumen. En el folletín, denostado por Galdós en sus años mozos, encuentra el novelista el medio ideal para ir desenvolviendo ese gran friso de la historia: poblado de reyes, generales y guerrilleros, y también de niños, de tenderos miserables, de usureros heroicos —así, Jerónimo Candiola— o de “la inmensa falange” de ratones que lucharon en desigual batalla con Andrés Marijuán:

Cada *Serie* es un folletín múltiple formado por diez unidades. El lector espera cada dos o tres meses la salida del Episodio; Galdós escribe sin pausa, atosigado tanto por la editorial cuanto por sus lectores, deseosos de conocer la continuación de cada Episodio. Lucha contra el tiempo; y lucha con rentabilidad económica, según refiere Luis Monguió.⁸ Cada novela podía tener un promedio de casi 20.000 lectores.

Además, para completar la estructura folletinesca, como señalan Montesinos, Yndurain, Benítez y Romero Tobar, deben tenerse en cuenta: las apariciones y desapariciones de personajes, el corte de la tensión narrativa, el “final feliz”, junto con “la longitud de las descripciones” y la abundancia “de excursos”, tan denostada por los críticos literarios contemporáneos.⁹

Sobre todas las posibles aspiraciones de Galdós, una: “la educación política”. Sin duda, arriesgado propósito, pero que caló bien hondo entre los lectores. Por esto, la epicidad bélica da paso a la compasión humanitaria; por esto, la Patria no es fruto de conquista y batallas, sino de esfuerzo común; por esto, la superación de las discordias —origen de las guerras civiles— debería dar paso a la educación como aspiración esforzada de todos los españoles necesitados de alfabetización acelerada.

Aún, tres notas más que añadir a la caracterización de estos *Episodios Nacionales para niños*.

La primera, la autobiografía —lindando con la picaresca—, que priva sobre todo en los tomos de la primera serie. Gracias a esa primera persona, el narrador se aproxima más al lector; lo hace partícipe del relato. Gabriel —“Gabrielillo”— habla, cuenta, refiere o evoca y hasta omniespectador se sitúa en el punto de vista adecuado para una mejor visión del lector. De esta manera, el aura de humanidad y naturalidad del personaje lo acerca más, lo hace más vivo y menos distante.

Haber escogido un muchacho del pueblo, con aspiración constante de ennoblecimiento, ayudó bastante al novelista para relacionar “unas (escenas) con otras más que por el héroe que en todas toma parte” (B. Pérez Galdós: *La Nación*, 9-III-1868); y, además, “la forma autobiográfica, que tiene por sí mucho atrac-

8. LUIS MONGUIÓ: *Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX*; México, 1958; p. 157.

9. Vid: LEONARDO ROMERO TOBAR: *La novela popular española del siglo XIX*. Ed. Ariel, 1976; p. 186 y sigs.

RUBÉN BENÍTEZ: *Ideología del folletín español*: Wenceslao Aygualz de Izco; edic. Porrúa, Madrid, 1979; p. 2 y sigs. FRANCISCO YNDURAIN; *Galdós entre la novela y el folletín*. Taurus. 1970. p. 56 y sigs.

tivo y favorece la unidad”, fueron, sin duda, circunstancias que incitaron a Galdós en este intento infantilizador de los *Episodios*.

La segunda nota, la plasticidad como ingrediente principal de los *Episodios*. Desde los años juveniles del novelista en que caricaturizó en el primer álbum la serie sobre su ciudad y su teatro, pasando por el *Album zoológico*, fechado ya en Madrid, Galdós estuvo siempre condicionado por su vocación pictórica, especialmente satírica. El cuidado que puso en la edición ilustrada de 1884, al solicitar la colaboración de artistas de aquellos años, demuestra el interés de nuestro escritor por engalanar y, en cierto modo, complementar la imagen plástica de los *Episodios*. Tal vez, teniendo en cuenta esta galería de personajes galdosianos, el ilustrador de la última edición de los *Episodios para niños* la tuvo en cuenta para enriquecer y transmitir mejor el mensaje de los *Episodios* a sus lectores infantiles.

Era, al fin de cuenta, la misma razón que Galdós tuvo (en 1883), al escribir en *El Dr. Centeno*: “Es cosa facilísima idear, componer y emborronar una de esas máquinas de atropellados sucesos que no tienen término. . . yo he de hacer un ensayo en esta cosa bonita y cómoda de novelas. Ya tengo pensado un principio, que es lo que importa; y cuando menos lo pienses verás mi nombre por esas esquinas de Dios, y te echarán por debajo de la puerta un cuaderno con láminas muy majas y un poquito de texto para que caigas en la tentación de suscribirte” (“El Doctor Centeno”; *Obras Completas*, I, 1970, pp. 1.468). Galdós, como en tantas ocasiones, ironizando lo que ya había practicado; precisamente, sus *Episodios Nacionales* habían llegado en forma de cuadernillos a los primeros suscriptores de “La Guirnalda”, en 1873. O lo que, en *Tormento* (cap. I), el propio autor refiere sobre la manera de escribir “tres novelas a la vez. El dictaba los comienzos; luego yo cogía la hebra, y allá te van capítulos y más capítulos”.

Galdós haciendo mangas y capirotos de su peregrinación novelística; burlándose de sí mismo y convirtiendo casi en puro disparate lo que apostrofaba de su *devoración* folletinesca (“en fuerza de magullar novelas y merendar folletines has petrificado tu sensible corazón”); *Un viaje redondo por el bachiller Sansón Carrasco* (1861), iniciada desde sus primeras lecturas juveniles: cuando Dumas y Sué eran sus lecturas preferentes.

Una última idea, la Patria. No la rellena de heroicidades con batallas altisonantes; sino convertida en “el hogar nacional”. En donde cupiesen “tradiciones”, “glorias”, “desventuras”, “alegrías y tristezas”. Una patria —ya la había definido en una página de *Trafalgar*: “Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos. . .”; (*Trafalgar*, Edit. Hernando, 1927, p. 140)— en la que “la casa”, “el huerto”, “el puerto”, “la iglesia”, “la plaza”, “el hogar”, “la cocina”, “la calle”, “el campo”, “el mar”, “el cielo”. . . “todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara”, constituían la esencia de esa nueva idea de patria, consagrada más por “la idea de nacionalidad” que por “el orgullo de pertenecer a aquella casta de matadores de moros”.

Aún, una última definición de Patria. En diciembre de 1900, reunido con la colonia canaria de Madrid, Galdós es homenajeado por la publicación de *Bodas Reales* (septiembre-octubre, 1900), el último tomo de la Tercera Serie. Las Islas

Canarias habían sido temario de algunas discusiones en las Cancillerías internacionales: Londres, París, Washington deseaban “amputaciones en el suelo patrio”.

Nicolás Estébanez, en su discurso de ofrecimiento, decía: “Mucho me place que celebremos juntos la gloria de la provincia... No sé yo de dónde han sacado algunos la peregrina idea de que el amor a la patria chica excluye el culto a lo grande: son dos cosas perfectamente compatibles, como el amor a la madre con el cariño a la abuela”. Y el propio Galdós, al agradecer el homenaje, repetiría casi los mismos conceptos: “ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor de la grande”. “En la intimidad del patriotismo regional, familiar, casi doméstico —proseguía Galdós (*La Fe Nacional*, edic. 1973; p. 16)—, me permito asegurar, en nombre de todos los que me escuchan, que en nosotros vive y vivirá siempre el alma española, y hoy más que nunca es necesario que así se diga como remedio reconfortante del pesimismo y las tristezas enfermizas de la España de hoy”.

Estébanez y Galdós —un federalista y un republicano— proclamando la españolidad de las Islas; y, al mismo tiempo, “la intimidad del patriotismo regional”. Defendiendo los dos amores: el de “la patria grande” (Galdós) defendiendo el amor “a la pequeña patria” como “el más natural, más instintivo” (Estébanez). Uno y otro unidos en la defensa de unos ideales que, en aquellos momentos —vísperas de la Paz de París, pérdida definitiva de las últimas colonias—, resultaban ser más necesarios que nunca. Por estar más olvidados y por tener, en boca de dos canarios ilustres, un mensaje regenerador y reconfortante.

“Nosotros, los más distantes, seremos los más próximos en el corazón de la patria”, concluía Galdós. “Si algún día desaparecieran las fronteras —auguraba Estébanez— y las nacionalidades, sólo entonces dejaríamos de ser españoles; pero ni aún entonces dejaríamos de ser canarios...”.

Patria, Didactismo, la sátira pictórica: algunas de las notas más sobresalientes de los *Episodios para niños*. Las tres ideas, viejas ideas en Galdós, remozadas al resumir el novelista sus *Episodios* para los lectores infantiles, los españoles del futuro.

Galdós, en fin, condensando en estos *Episodios* infantiles su ideario de viejo maestro: la enseñanza de la libertad y de la fe en España.